

Una persona que transita por el género

Juan-Juanita Urbina

Soy Juanita Urbina, tengo 28 años. Actualmente estudio el 4º año de la carrera de trabajo social en la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua UNAN, León y, soy feminista.

Nací en Nagarote, municipio del departamento de León. Creo en un Dios que no es ni hombre ni mujer, creo en un Dios liberador que no te cuestiona tu identidad, tu orientación sexual, que no penaliza la vida y los cuerpos de las mujeres, creo en un Dios que nos quiere por lo que somos.

El descubrirse como una persona trans.

Desde que tengo uso de razón siempre me sentí como una niña incluso le preguntaba a mi mamá por qué la gente no me decía Juanita, no entendía por qué me decían Juan Carlos si yo no me sentía niño. Sentía una incomodidad, no me sentía a gusto quería verme y sentirme lo que las niñas tenían, quería verme una vagina en mi cuerpo, quería tener rasgos más femeninos.

Nunca le dije a nadie de mi familia que a mí me gustaban los niños o, el deseo grandísimo del querer ser una niña, ni siquiera a mi mamá.

Ella miraba expresiones, gestos en mi cuerpo que eran obvios pero nunca tuvo una iniciativa del hablar, de sentarse conmigo y decirme que lo que hacía no estaba bien solo cuando quería jugar con muñecas ella me decía: “NO, los niños no juegan con eso”.

Mi papá, el que me crió, solo decía: “Qué bandido este muchacho”; él me contaba que me hacía carretitas con bueyes y yo montaba a mis muñecas en ellas, yo me burlaba de las otras niñas porque presumía que mis muñecas eran hacendadas y las otras no tenían tierras. Yo no me crié con mi mamá biológica, sino con mi abuela materna y con su pareja. Jamás he cruzado palabra con mi papá biológico.

En el caso de mis hermanas y hermanos era diferente, porque a mis hermanos varones les molestaba que yo jugara con cosas de mujeres. Pero a mí no me importaba que ellos me vieran jugando con mis tacones, con mis vestidos, con cintas que me ponía en el pelo y atrás colocaba un abanico soplando y sentía que tenía una cabellera espectacular.

Me dolió que mi mamá biológica dijera que no salía a las calles porque no quería que la gente le preguntara si era verdad que tenía un hijo “cochón”. En el caso de

la familia de mi papá biológico mis tíos varones me odiaban profundamente.

Mi papá de crianza, mi hermana mayor y mi abuela materna siempre me apoyaron incondicionalmente, y fueron mis principales figuras para salir adelante.

Vestirme de mujer a esa edad y salir a las calles con tanta seguridad como yo lo hice, nadie lo había hecho, ni siquiera mis otras compañeras antecesoras.



En la escuela, el ambiente se fue poniendo más rudo, más violento porque yo era muy evidente y por ende la discriminación fue brutal. Una vez me armé de valor y me fui de falda a clases, aquello fue horrible, recuerdo que desde que pasé el portón de colegio no había una sola mirada que no estuviera sobre mí. Aquellos niños, niñas, profesoras y gente externa no podían dar crédito a lo que estaban viendo.

Me llevaron a dirección y mi profesora con una mirada de pena me dijo: “Los niños no se ponen faldas porque usted no es mujer, usted es hombrecito”. A raíz de eso la escuela se volvió hostil y súper

agresiva, tuve que aprender a defenderme con todo lo que tuviera para que no me vieran vulnerable.

La calle, el trabajo, los baños públicos, la identificación legal, donde se manifiesta también discriminación.

Antes vendía en las calles, vendía escobas, quesillos, coloradillos, etc, me gusto esa experiencia: las personas no se fijaban si era trans o no, tenía mis clientes y nunca les importó lo que yo era.

Trabajé también en una zona franca pero ahí todo fue hostil. Entraba a las 6 de la tarde y salía a las 6 de la mañana, muchas veces no tomaba agua porque eso implica tener que ir al baño de hombres. En una ocasión tuve que ir al baño, los compañeros me cerraron la puerta por fuera y ahí pasé casi una hora sin poder salir. Muchas veces comía sola porque no quería estar con gente que hacia mofa de mi persona. Estuve tres meses laborando en ese lugar.

Uno de los principales lugares de discriminación fueron los baños públicos. Yo entraba al baños de las mujeres, porque obviamente era una mujer, algunas veces pasé desapercibida, pero a veces otras chicas que estaban dentro me indicaban que los baños de los hombres eran al otro lado y muchas veces me sacaron de ahí. El tema de los baños fue algo tormentoso.

El otro problema era mi documento de identidad porque cuando hacía gestiones

y presentaba mi cédula, siempre era el mismo comentario: “¿Este es usted? Es que no se parece, como dice Juan Carlos”, o si no solo me decían, “¡Buenas tardes caballero!” Se afanaban en evidenciar que no era mujer y yo siempre caminaba a la defensiva.

La experiencia erótica

Cuando empecé mi experiencia erótica era un tanto conservadora como la de muchas; me consideraba una mujer heterosexual inamovible porque a mí me fascinaban los hombres y el solo hecho de pensar que yo pudiese penetrar a otra persona, para mí era la condena máxima al infierno y es que a las mujeres se nos ha enseñado a solo ser receptoras, se nos educa para convertirnos en cuerpos receptores para la satisfacción sexual de los hombres y, así era yo.

A los 15 años empecé mi vida erótica, yo escuchaba a las otras compañeras trans que me contaban sus experiencias pero eran unos relatos horribles. Yo tenía esta idea de llegar virgen hasta mis quince años porque tenía que ser como toda una señorita. Mis quince años fueron maravillosos: me los celebraron con vestido y como tiene que ser una fiesta de quinceañera. Luego de dos semanas tuve por primera vez mi experiencia sexual con un compañero de clases.

Siempre tuve experiencias eróticas heterosexuales hasta que empecé a experimentar con otros chavalos. Para

la mayoría de los hombres con quien estuve era un juego muy exótico estar conmigo, y siempre me dejaban claro que ellos no eran cochones (maricones) pero les gustaba estar conmigo porque tenían esta idea rara de poder estar con dos personas al mismo tiempo en un solo cuerpo.

La primera vez que yo penetré a un hombre fue con un hombre de campo, muy macho, a quien luego de penetrarle demostró mucha delicadeza y fue algo que me asombró porque jamás me esperé algo así de él.

De igual manera pasó con un militar con quien estuve por varios meses, o con un policía con quien también viví varios meses, nunca me imaginé que estos hombres me pudieran pedir con tanto deseo el intercambiar roles, ropa, y les excitaba que les llamara en femenino.

Al final creo que lo más placentero ha sido que aun siendo muy femenina pude disfrutar de mi cuerpo sin limitaciones y haberme despojado de esa idea de no poder darle uso a mis órganos genitales.

Transitar por el género.

Pasé quince años de mi vida con una expresión de género femenina y fue muy lindo, porque era muy reconocida, fui la primera trans en estar en el movimiento feminista de Nicaragua reconocida por otras compañeras trans como líder.

No fue fácil renunciar a todo eso. Mi cambio se debió más que todo a la violencia. Llegó un momento de mi vida en el que me sentí muy vulnerable ante la violencia machista y dije YA NO MÁS.

Ya no quería sentir que mi vida a diario estaba expuesta a tantos agresores, mi cambio lo tomé como una estrategia de refugio ante tanta violencia. No es fácil ir por las calles y escuchar frases como: que cochón más feo este hijueputa; o que te echen los carros encima; o que te tiren cualquier cosa. Es terrible subirte al bus y que todas las miradas recaigan sobre vos y preguntándose: ¿será hombre? ¿será mujer?, que las personas se levanten del asiento por no ir a la par tuya, porque eso evidencie que no sos lo que aparentas. Ante esto tuve que adoptar una apariencia masculina pero no a definirme como tal.

Mi familia lo recibió muy bien, porque por fin soy lo que realmente soy, personas de mi entorno familiar que jamás me habían hablado se acercaron a mí para darme el recibimiento de mi verdadero yo. Mi papá biológico fue uno de ellos, después de 28 años me dijo que yo era su hijo con orgullo. Lo cual me pareció ofensivo porque no existí por mucho tiempo y ahora que cumplo con el mandato de la masculinidad entonces ya cuento con su reconocimiento.

Muchas amigas trans me dejaron de hablar, ya que consideran mi cambio como una traición a la comunidad trans, para algunas ya no soy transgresora,

cedí ante el patriarcado porque para ellas ahora, ya soy hombre de verdad.

Considero volver a transitar, no sé cuándo ni cómo pero mi deseo de volver a ser la Juanita que era antes esta hoy en día más fuerte. Una de las cosas que más extrañó es la fortaleza que sentía cuando tenía una expresión de género femenina con el maquillaje, la ropa y mi cabello hermoso y largo.

Los hitos que marcan a una trans.

Siempre hago mofa de que uno de mis hitos fue haber ganado la corona de miss verano pero no, eso fue un evento muy especial que en su momento me dio plenitud y algo de reconocimiento.

El hito que realmente marcó mi vida, mi familia y a mi comunidad fue mi graduación de bachillerato. Marcó mi vida porque pasé dos años luchando para ser la primera trans en la historia de los bachilleratos en mi comunidad. En mi graduación desfilé con las chavalas y del brazo de mi mamá.

Me entregaron mi diploma y al momento de recibirlo mi mamá solo me miraba y estando en la fila a punto de pasar me tomó la mano, la apretó fuerte y me dijo: “Con la frente en alto sin bajar la mirada”; la gente aplaudía, mis compañeras feministas estaba al final del otro extremo, con matracas, pitos gritando a todo pulmón: “¡Juanita, Juanita!”, se pusieron de pie, mis colegas de clases desde la

fila y los asientos gritaban con el resto “¡Juanita, Juanita, Juanita!”, y en la tarima mi madre me dijo: “¡Lo logramos!”

Otras trans como referentes de luchas

En mi formación como trans, hay otras colegas que son mi referente: Mi madrina de confirmación, Giovanni, que siempre tuvo interés porque yo no fuera como otras trans, se empeñó en que buscara cómo superarme y ser alguien en la vida. De ella aprendí muchísimo; siempre me decía: “luche cuando tenga un sueño imposible porque en la vida todo se logra con paciencia y perseverancia”.

Mi amiga Walkira jamás me dejó sola cuando salíamos a las calles, a bailar a pasarla divertido, con ella aprendí a correr en tacones y defenderme de quien me quisiera agredir. Jamás dejó que un hombre me hiciera algo y siempre estuvo y está cuando necesito un consejo.

A ellas dos les debo lo que soy hoy y siempre les estaré eternamente agradecida por enseñarme que aunque las trans venimos de un mundo de marginación podemos crecer y ser alguien en la vida, aun viviendo en sociedades tan conservadoras como las nuestras.

Mi vínculo con el activismo y el feminismo.

Mi activismo lo inicié a mis 14 años, cuando por primera vez llegué a un

taller que impartía una organización que trabajaba con trans y lesbianas (AMGLIM).

En esos espacios adquirí conocimientos respecto a mis derechos, a mi identidad; el debate con muchas trans era como el alivio, porque había otras con experiencias que aportaban a mi activismo.

Mi vínculo con el feminismo es vital en mi vida: gracias al feminismo desmonté ideas fundamentalistas, el tema de la culpa y la exploración del propio cuerpo que tanto nos hace daño, el reflexionar para tener otra idea de Dios y todo lo que tiene que ver con el impacto que tienen los fundamentalismos religiosos.

El feminismo modificó mi vida, y gracias a las reflexiones individuales y colectivas crecí, como persona y dejé de creer que hay una esencia del ser mujer.

El feminismo para mí es una luz de esperanza ante tanta perversidad del patriarcado y alivio para muchas mujeres del mundo.